

## ***¿El mismo enemigo?, por Daniel Blanchard***

Source: <http://sindominio.net/etcetera/CORRESPONDENCIA/NICOLE.htm>

"El mismo enemigo", "una revuelta que también es la nuestra": estas expresiones, que se presentan como evidencias (al menos para nosotros) me parecen muy problemáticas. Sólo en el terreno abstracto adquieren sentido, objetividad (*objetivo*) como se dice en lenguaje marxista, es decir como producto de un análisis global de la sociedad en términos de clases y de la dinámica social como lucha de clases. Desde luego, objetivamente los jóvenes que han pegado fuego a los barrios periféricos tienen como enemigos al Estado, la clase dominante, etc. Pero nada ha dejado adivinar en su práctica que tuvieran conciencia de ello; sus actos ni siquiera los han designado. Y si tenemos en cuenta a sus enemigos manifiestos, aquellos con quienes efectivamente la han tomado -bomberos, profesores, conductores de autobuses, pequeños comerciantes del barrio, estudiantes no hace mucho...- no podemos decir que eso cobre sentido para nosotros. En ese caso, ¿el mismo enemigo? Si, los policías; para todo lo demás, pura abstracción.

Igualmente se puede decir, cuando tú acreditas a esta "revuelta salvaje, sin mediación", que ha conseguido "salir de una dimensión estrictamente local" el haber "hecho tambalearse las relaciones de fuerza". Pero, ¿entre quién y quién? ¿Entre estos jóvenes y los policías, jueces, franchutes racistas, patronos, etc.? ¿o entre el gobierno y los reformistas (vacilantes)? ¿Para conseguir qué? ¿Más bomberos de todo tipo, una policía de barrio, quizá? La relación de fuerza me parece que la analizas con una carga mucho más realista un poco más adelante, cuando constatas que "el deseo de orden se ha convertido rápidamente en prioritario" en la población, permitiendo al gobierno "avanzar un paso más en la lógica represiva", disuadiendo "a toda la izquierda, e incluso a la extrema izquierda, de hacer algo serio para oponerse a ella". Ahí es precisamente donde la relación de fuerzas se ha tambaleado, sin que podamos decir que lo ha sido en beneficio de los más oprimidos... Lo cual no te impide afirmar, de modo extraño a mis ojos que "la propia existencia de los disturbios desacredita, esperemos que por mucho tiempo, las exigencias de soluciones represivas..." Al contrario, esas soluciones estarán a la orden del día durante mucho tiempo, aunque se hallen combinadas con una política de cooperación con la escasa clase media surgida de los barrios periféricos.

En resumen, tu texto no me parece muy coherente. Y creo que ello se debe a que te afanas en encontrar algo positivo en esos acontecimientos que te han trastornado bastante, algo que tu misma reconoces al principio y que a mi se me muestran no sólo como reveladores de una desgracia inconmensurable, sino como una desgracia en sí misma. Sin hablar de los centenares -¿millares?- de desgraciados jóvenes que darán con sus huesos en prisión, yo no creo que estas "violencias" tengan el menor efecto positivo sobre la condición de los habitantes de los barrios, incluso en términos de relación de fuerzas. No creo que hayan propiciado el nacimiento de "un nuevo actor político". Precisamente porque esta gente -jóvenes o no- no han entrado en la polis. Estas violencias no son urbanas, sino "peri-urbanas" -en italiano, los barrios periféricos son, si no me equivoco, periferie. Pero no estoy jugando con las palabras; sino que este rasgo me parece esencial, ya que esta revuelta nació confinada y así quedó, ni tan siquiera buscó la penetración, salvo en forma de espectáculo, en la ciudad, el centro neurálgico de la sociedad, el hogar de la opresión y la exclusión. Podemos hablar de revuelta, si se quiere, pero una revuelta contra nada ni nadie: no la ha tomado ni con los "amos", ni con los símbolos de la dominación; tampoco ha designado ningún "enemigo" que sea realmente responsable de la ignominia inflingida a estos jóvenes. Y no sólo no ha

encarado a los responsables de la exclusión, sino que ha consistido en un intento desesperado y delirante de darle la vuelta a la exclusión, esto es, excluir el centro, por así decir. "Estos montones de fango en los cuales nos pudrimos, son nuestros montones de fango, no pongáis las zarpas. Y para disuadiros, queremos daros miedo...", (digo esto como un eco de las conversaciones que un compañero profesor de escuela técnica en Montreuil me ha comunicado: queremos daros miedo, le dicen algunos de sus alumnos). Y se podría añadir que para dar miedo, es necesario ser incomprensible y, por ejemplo, absurdo y sucio: quemamos los coches de nuestros padres, destruimos sus casas -de mierda- sus escuelas, etc. Fiesta de la autodestrucción, fuegos de gozo y desesperación (no tenemos nada que perder), etc.

Pero, a mi vez, me pongo a hablar en su lugar, en el lugar de ellos que no pueden o más bien, sin duda, no quieren hablar -y lo que he dicho es una impostura tan grande como la de ver en esos incendios el nacimiento de un nuevo sujeto político o de querer a toda costa hacerles entrar en la dinámica de la lucha de clases. En todo caso, no veo cómo podría discernir algo positivo allí donde esos jóvenes no han querido ponerlo. ¿Elegir mi campo? Desde luego que no voy a pronunciarme contra ellos. ¿Pero a favor? En tanto que seres humanos oprimidos, sí, pero no por lo que han hecho. Contra la chusma gubernamental, por supuesto, y contra todo el sistema político-judicial-policíaco que se ha desencadenado contra ellos, etc. ¿Afirmar mi solidaridad -platónica- hacia ellos? Más bien luchar para obtener la amnistía de todos aquellos que sean condenados.

Es evidente que la condición de los habitantes de los barrios periféricos es el producto e incluso el producto deliberado -y no un daño colateral- de la sociedad de clases. Y si se les quiere integrar en la dinámica de la lucha de clases, lo serían en tanto que arma de la clase dominante: un disuasivo, un instrumento de disuasión -y creo que se puede interpretar, en gran medida, la virulencia del racismo en los medios populares como una reacción de los aterrorizados: "Nosotros no somos como ellos, todo antes que convertirnos en eso". Los marginados de los barrios periféricos no sólo están excluidos de las relaciones de producción, sino también de las relaciones sociales en general y no han encontrado el medio de integrarse en ellas -en todo caso, según mi opinión, no en esta ocasión. Creo que si se quiere evaluar sobriamente, como diría Marx, la "relación de fuerza", es necesario ver este hecho novedoso, que el paro que la clase dirigente ha impuesto desde hace una treintena de años no se limita ya a la constitución de un "ejército industrial de reserva" para disciplinar a la fuerza de trabajo; sino que tiende, y sin duda es el objetivo, a relegar a una parte de la población más allá de ese ejército de reserva, a una exterioridad y a un vacío social y por tanto humano. Es necesario calibrar el potencial de destrucción de la sustancia humana a la cual el capitalismo ha accedido, sin ni siquiera haber tenido la necesidad de recurrir a la guerra. Es gente destruida en parte la que se ha manifestado y lo ha hecho en tanto que tal, destruida en su cultura de origen, en sus aspiraciones más elementales e incluso, al menos entre algunos, en su capacidad de percibir a los demás (pienso en ese pobre sujeto golpeado mortalmente porque fotografiaba farolas o a propósito de esa chica citada por Beaud y Pialoux<sup>1[6]</sup>. "Nosotros, en la ciudad, es el toque de queda permanente"). Sólo podrán reconstruirse integrándose en la sociedad -constreñidos, con toda seguridad- para hablar y actuar dirigiéndose a los demás. Esperemos que haya un medio de ayudarles, pero no hablando en su lugar, aunque sólo fuera porque para ello es necesario "tomar partido por ellos".

---

<sup>1[6]</sup> El artículo de Beaud y Pialoux me parece excelente, justo y preciso. Suministra a la vez una explicación causal convincente (aunque no sea nueva) para la explosión de los barrios periféricos y las razones para simpatizar con estos jóvenes por encima de la distancia digamos antropológica inmensa que nos separa de ellos. Pero no veo que confieran, a su comportamiento, un sentido que nosotros podamos recuperar por nuestra cuenta o introducirlo en la lucha de clases -la cual no consiste, que yo sepa, en el conjunto de hechos engendrados entre los dominados por culpa de la dominación.